

¿ Cual es el rol del Estado en estos nuestros tiempos de la posmodernidad? Varias pueden ser las respuestas, intentamos aquí construir algunas desde la problemática de la desigualdad. Es sabido que vivimos en una suerte de interdependencia a escala mundial: aquello que sucede en el globo nos impacta en nuestra habitualidad, nos transforma, independientemente de cuan conscientes seamos de ello y de cuan predispuestos estemos a aceptar tal impacto. Sin movernos ni un centímetro de nuestro espacio territorial recibimos en nuestro alrededor la transformación operada por cambios sucedidos lejanamente. Las costumbres y los hábitos cambian, las percepciones de tiempo y lugar también. Se nos imponen nuevas reglas de convivencia mediante mandatos que provienen desde lugares desconocidos. La multiplicidad de relaciones humanas son atravesadas por un fuerte tráfico de normas y regulaciones generalmente proyectadas o construidas sin base democrática alguna. Las sociedades no son consultadas pese a ser transformadas en un contexto glocal – global y local – . Dicho déficit en términos democráticos se completa por la presencia de un sórdido *desarrollo no sostenible socialmente* que ha acabado por generar mayores niveles de desigualdad social. La tendencia hasta el presente es la de auspiciar una economía a escala global con clases marginales crecientes y procesos migratorios traumáticos. En este último aspecto, basta observar aquello que sucede trágicamente en las fronteras de Italia o de España. La movilidad migratoria *libremente no buscada* y regida por la necesidad vital de lograr condiciones mínimas de humanidad, genera la necesidad de emigrar de aquellos lugares en los cuales paradójicamente una parte menor de la humanidad global busca satisfacer sus inquietudes turísticas. El “recorrido turístico” a las *favelas* de Brasil, es apenas una muestra de aquello que queremos implicar. La globalización impone muchas veces desconocer, cuando no eliminar, la diversidades culturales, sociales, religiosas, étnicas y sociales propias de nuestra humanidad. Esta tendencia a uniformar genera mayores tensiones por falta de atención a una sociedad que se presenta fragmentada desde su propia diversidad por la indiferencia que esta genera en los gobiernos. Se agravan las diferencias, y por ende se generan nuevos y mayores niveles de violencia en nuestras sociedades producto de la opresión asfixiante propia de la mirada uniforme. Se derraman cantidades interminables de tinta para hablar del tema de la inseguridad en términos “delictivos”, mas pocas referencias aparecen respecto a la violencia como emergente de los altos niveles de segregación y discriminación . Infrecuentemente se ensayan nuevas modalidades para lograr sociedades iguales y justas. La violencia, en parte, se genera por la marcada tendencia a discriminar con el fin de agravar las diferencias sociales. Ello es un problema del Estado, y por cierto también de la ciudadanía toda. Estamos en un punto de inflexión donde aquel, en tanto entidad sintetizadora de la voluntad ciudadana y de la realización social de nuestra gente, debiera adquirir un protagonismo distinto. La intervención estatal es necesaria a fin de revertir la exclusión. Las minorías deben ser protegidas en su derecho a ser escuchadas, reduciendo la tendencia que poseen determinados gobiernos intolerantes a tan solo atender los intereses propios de las mayorías ocasionales que formalmente han legitimado el acceso al poder. Democracia, en tanto forma de gobierno, importa la máxima participación e incidencia de la ciudadanía toda en los asuntos públicos mediante los mecanismos participativos que se diseñen. Son los gobiernos quienes deben potenciar tales aspectos de la vida ciudadana y no repelerlos distanciándose cada vez más de sus bases democráticas. Se debe abandonar esta suerte de tendencia al autismo democrático. Por estos tiempos las gestiones gubernamentales debieran concurrir en la búsqueda de un equilibrio novedoso. Este pueda acaso sintetizarse bajo la idea de acciones o programas concretos que promuevan ante todo el desarrollo proyectado desde la distribución equitativamente social de la riqueza. Es

¹ Profesor de Derecho, www.gutierrezcolantuono.com.ar

prioritaria la atención de las desigualdades sociales. Hacerse cargo de ello mediante las diversas acciones de gobierno implica asumir el desafío de atravesar estos tiempos posmodernos con la suficiente legitimidad ciudadana. Lo global existe como realidad innegable; el problema, según lo vemos, es que se le ha impuesto un direccionamiento contrario a la sostenibilidad social de nuestra humanidad. Es tiempo de reformular conceptos, imaginar nuevos sistemas, y disponernos a superar doctrinas antagónicas.